

Y madre é hijo lloraban de alegría y se besaban con ternura, cuando se presentó el facultativo don Antonio de Aguilar.

— ¡Albricias, Antonio! — exclamó Rosa al ver entrar á su marido el médico.

— ¿Cómo así? — preguntó don Antonio, dirigiéndose hácia el lecho de Enrique, á quien tomó inmediatamente el pulso.

Y Rosa añadió jovialmente:

— Enrique está ya bueno.

El facultativo no pudo ocultar un movimiento de disgusto al tomar el pulso de Enrique, y precipitadamente le quitó las vendas que cubrían la herida, examinóla con atención, y lleno de amargura exclamó para sí:

— ¡Desventurado jóven!



CAPITULO LVI.

LA PESADILLA.

Vehementes en demasía habian sido las emociones que la pobre hermana de la Caridad, la enamorada Matilde habia experimentado el 28 de julio junto al lecho del dolor de su infortunado y fiel amante, para que pudiera abandonarse tranquilamente á la dulzura de apacible sueño.

Tocábale aquella noche dormir, en atención á que Rosa y María habian disfrutado ya de algunas horas de descanso, y quisieron las dos velar al herido, cuyas apariencias de notable mejoría siguieron hasta media noche, derramando el consuelo de dulcísima esperanza en los sensibles corazones de su buena tia, y de su cariñosa madre.

Pero no, la impresionable María no habia descansado, no habia dormido un solo segundo.

Ya sabia ella muy bien que separada de su hijo enfermo, le seria imposible dormir.

¡ Dormir una madre, y una madre como la angelical María, cuando el hijo de sus entrañas está padeciendo! ¡ Imposible, de todo punto imposible!

María habia cedido á los ruegos de la hermana de la Caridad y de sus parientes, únicamente por un exceso de bondad, por amable deferencia á personas que tanto la amaban y á las cuales correspondia con igual cariño; pero al abandonar la cabecera del lecho donde su Enrique gemia, se le desgarraba el alma de dolor.

Por manera que en vez de haber alcanzado alivio en aquella ausencia de pocas horas, que á la infeliz pareció un suplicio eterno, se desmejoró escesivamente su salud, y unidos estos nuevos padecimientos á los que incesantemente causaban su tortura, empezaba á sentir ciertos síntomas alarmantes, que trató de ocultar creyendo que no tendrían fatales consecuencias, mayormente cuando la mejoría de su hijo fué para ella un bálsamo consolador, que la hizo olvidar el crítico estado en que se hallaba su quebrantada salud.

Mas no era únicamente María á quien la horrible zozobra tenia lacerado el corazón.

Matilde, la encantadora Matilde tampoco podia dormir.

¡ El amor de una madre se parece tanto al amor de una niña enamorada!

¡ Ay! que no era solo el amor quien agitaba á la desventurada Matilde.

¡ Pobre niña! Sentia en su alma una lucha de afectos encontrados que la torturaban de una manera horrible.

Pasó las primeras horas de la noche arrullada por dulces esperanzas que las tiernísimas palabras de Enrique le habian hecho concebir.

Todos sus deberes, todos los antecedentes de su vida habia olvidado desde el momento en que viéndose á solas con su amante supo que la amaba con frenesí, que no podia vivir sin ella, y que por no estar ella á su lado se habia lanzado al peligro..... á la muerte!...

¿ Era posible que un pecho enamorado como el suyo se mostrase indiferente á tan positiva prueba de amor?

Matilde sintió en aquel solemne instante circular por sus venas todo el fuego de una pasión inestinguible, y la repentina mejoría de su amante, las deliciosas frases de cariño que la dirigia, las halagüeñas esperanzas con que alentaba su ardiente deseo, presentaban ante los ojos de la incauta jóven, un porvenir delicioso, que ocultó lo pasado en el tenebroso caos del olvido.

¡ Inocente criatura! Olvidó deberes sacrosantos que de ningun modo habia de olvidar, y solo pensaba en amar á Enrique y en ser amada de Enrique, en hacer feliz á Enrique, y ser feliz por el amor de Enrique.

No habia en el mundo mas que Enrique..... Enrique era su universo entero... era su idolo, era su Dios.

Luengas horas se deslizaron para Matilde en las deliciosas reflexiones que brotaban de su amor, flores de una existencia efimera que brotan para morir á la salida del nuevo sol.

Mil pensamientos deliciosos ocupaban la mente de esta criatura, fluctuando bellos y consoladores como los querubines sobre la cuna del que nació en Belen.

Estaba ya la noche asaz avanzada, cuando en malhora vino el sueño á cerrar los párpados de la pobre enamorada, y todas aquellas dulces ilusiones que habian refrescado su alma como refresca el rocío de la aurora á la cándida azucena, desaparecieron de repente

á impulsos de una horrible y fatídica pesadilla.

Cruel ensueño recordó á la infeliz que su anciana madre habia muerto de pesar porque ella abandonó el hogar doméstico para seguir á su jóven seductor; y parecióle verse aun sola y abandonada, llorando por su madre á la puerta de la humilde morada donde habia nacido.

No le quedaba mas recurso que mendigar su alimento de puerta en puerta, cuando un anciano generoso se le presenta y con la sonrisa de un cariñoso padre la tiende su mano protectora.

Matilde vé en el acerbo ensueño á este venerable anciano tal como el dia en que don Fermin del Valle la arrebató de la miseria para hacerla su esposa, y elevarla á una brillante posicion social y rodearla de toda suerte de felicidades.

Vé á su generoso protector que, lleno de bondad y de dulzura, abre sus brazos para recibirla en ellos y perdonarla.

Matilde, arrepentida de sus culpas, se arroja apresuradamente en ellos, y después de recibir las caricias de su esposo, quiere besarle su majestuosa frente en prueba de amor y de respeto..... y al aproximar sus lábios á la venerable calva del anciano, besa una herida que aun brotaba sangre!...

Lanza un grito de horror y quiere huir; pero el anciano la sujeta en sus brazos y con ceño adusto la obliga á mirar su rostro deforme y ensangrentado, que crece... y crece mas... y se agiganta de una manera horrible y amenazadora!...

Matilde grita y forcejea por desasirse de aquella fantasma sangrienta... y despierta al fin azorada y cubierta de sudor.

La pobre jóven habíase tendido en la cama sin desnudarse.

Levantóse de repente, y trémula y despavorida, conoció entonces que nunca podia ser de Enrique.

Furiosa como una demente resolvió no verle mas, no permanecer un solo instante en aquella casa, y encerrarse y acabar su vida en la santa hermandad que habia elegido.

Al atravesar varias estancias de aquella peligrosa morada, vió que otras personas se cruzaban aceleradamente en todas direcciones.

Parecióle que reinaba una confusion fatídica.

Todos daban gritos de amargura.

La aterradora palabra *muerte* resonaba por todos los ángulos.

Todos los habitantes de la casa se movian azorados y llorosos.

La marquesa de Bellaflor gritaba y lloraba tambien como si estuviera loca.

La desventurada Matilde atribuyó aquella estraña ebullicion á los efectos de su delirante fantasía, y se lanzó precipitadamente á la calle para volver á su clausura y olvidar el mundo para siempre.

Amanecia el 29 de julio y por todas partes se notaban señales anticipadas del general regocijo con que el pueblo de Madrid trataba de recibir al vencedor de Luchana.

Las barricadas, monumentos de sangre y destruccion pocos dias antes, habíanse convertido en hermosos altares de la libertad, elegantemente ornados de vistosas colgaduras, de frondosos árboles y bellas guirnaldas de flores.